



Capítulo 137 - ¿Estás coqueteando conmigo?

El silencio en el pasillo seguía siendo opresivo, pero Vergil parecía completamente indiferente al peso de cientos de miradas fijas en él. Se ajustó el cuello de la camisa con naturalidad, como si acabaría de regresar de un paseo tranquilo. Su mirada recorrió la sala con una mezcla de curiosidad y un leve desdén, como si evaluara la decoración de un restaurante mediocre.

"Entonces..." comenzó Vergil, ladeando ligeramente la cabeza, con un tono cargado de sarcasmo. "¿Así es como se entretiene la alta nobleza demoníaca? Debo admitir que esperaba algo... más impresionante."

El comentario fue como una chispa que se convirtió en yesca seca. Algunos demonios jadearon, otros murmuraron y algunos soltaron risitas nerviosas. La mayoría, sin embargo, permaneció paralizada, sin saber cómo responder a tal audacia.



"¿Quién se cree que es?" susurró un noble, solo para ser silenciado inmediatamente por una mirada penetrante de su consorte.

Mientras tanto, las esposas de Vergil observaban la escena, cada una reaccionando a su manera. Katharina se pasó una mano por la cara, reprimiendo una carcajada. Ada se cruzó de brazos, entrecerrando los ojos, aunque la ligera curva de sus labios delataba una pizca de diversión. Roxanne, por su parte, apenas logró contener la risa, tapándose la boca con la mano mientras sus hombros temblaban.

"No puedes evitarlo, ¿verdad?", le susurró Ada a Katharina.



—Por eso lo amo —respondió Katharina con un suspiro de resignación, aunque el orgullo en su voz era inconfundible.

Vergil continuó paseando por el salón, ignorando deliberadamente la creciente tensión, como si estuviera dando un tranquilo paseo por el parque. Se detuvo junto a una mesa adornada con copas de cristal y una botella de vino oscuro demonio. Con calma deliberada, se sirvió una copa y la levantó hacia la asamblea.

"A tu salud", dijo con una sonrisa perezosa, tomando un sorbo. "Espero que la comida esté tan buena como la deliciosa demostración de nervios que estás haciendo".

El comentario transformó la tensión en la sala en una mezcla caótica de indignación y conmoción. Zafiro, observando desde la distancia, mostrando discretamente y negando con la cabeza.

"Realmente disfrutas removiendo la olla, ¿no?", pensó, cruzando los brazos mientras seguía cada uno de sus movimientos con interés.

Vergil finalmente dejó de caminar y miró directamente a la multitud, cargando la cabeza de nueva. "Entonces, ¿quién es el responsable de explicar el propósito de este fascinante evento? Porque, sinceramente, solo vine por los bocadillos".

Al otro lado del pasillo, un joven de ojos penetrantes y cabello negro cuidadosamente peinado se levantó de su silla de terciopelo.

Llevaba un traje impecable adornado con detalles plateados que brillaban bajo la luz del candelabro.





Su expresión era una mezcla de desdén y desafío, sello distintivo de su reputación. Mael Raum, uno de los demonios más prometedores de la nueva generación, era conocido por su astucia y su lengua afilada.

—Así que este es el famoso Virgilio —dijo Mael, con su voz firme que atravesaba los murmullos que se alzaban en el pasillo. Bajó los escalones de su plataforma elevada con paso pausado, cada movimiento destilando una confianza que parecía casi ensayada—. Debe admitir que sabe cómo causar una primera impresión. Aunque, francamente, me parece más la de un bufón que la de un rey.

La sala volvió a quedar en silencio, y todas las miradas se posaron en Vergil, anticipando su reacción. Las esposas de Vergil permanecieron inmóviles, con la mirada fija. Katharina frunció el ceño y presionó ligeramente la mano sobre el brazo de Ada, mientras que Roxanne simplemente observaba con una sonrisa intrigada, ansiosa por ver cómo reaccionaría Vergil.

Vergil ladeó la cabeza, observando a Mael como si examinara algo medianamente interesante. Tomó otro sorbo de vino, dejando que el silencio se prolongara incómodamente antes de hablar por fin.

La sala aún estaba cargada de tensión, un silencio tan denso que podía cortarse con una espada. Vergil estaba de pie en el centro, con expresión tranquila y completamente despreocupada, mientras Mael yacía desplomado en el suelo de mármol destrozado, jadeando. Lentamente, Vergil bajó su copa, quitando el vino con pereza antes de volver a hablar, con una voz que transmitía una falsa alegría.

"Ahora que eso está resuelto...", dijo, girando sobre sus talones para dirigirse al resto de la sala con una sonrisa informal, casi amistosa. "¿Procedemos con los eventos de la noche?"





Antes de que alguien pudiera responder, una voz aguda, autoritaria y fría como el hielo cortó el aire, silenciando los murmullos y congelando a todos en seco.

"Dejad de hacer una escena en mi casa."

Las palabras estaban impregnadas de una autoridad tan palpable que parecía una fuerza física que oprimiera la sala. Las conversaciones se apagaron al instante, y todas las miradas se dirigieron al origen de la voz. Incluso Vergil, siempre imperturbable, arqueó una ceja, intrigado.

Al fondo del pasillo, de pie con un aura de dominio innegable, estaba Zafiro. Su mirada penetrante recorrió la sala, deteniéndose en Mael antes de posarse en Vergil. Dio un paso al frente, sus tacones resonando contra el suelo con deliberada precisión. El sonido resonó amenazante en el silencio.

La expresión de Zafiro era indescifrable, pero su sola presencia bastaba para captar la atención de todos los demonios presentes. La habitación parecía encogerse a su alrededor, y su aura se volvía más densa con cada paso que daba hacia el centro.

Vergil se giró para mirarla de frente, recuperando su sonrisa, aunque sus ojos brillaban con curiosidad. "Ah, Zafiro. Me preguntaba cuándo entrarías. Al fin y al cabo, no es una fiesta de verdad sin la entrada del anfitrión."

Sus labios se curvaron en una leve sonrisa, aunque no era nada cálido. "Y yo que creía que habías aprendido un poco de moderación. Claramente, te sobreestimé."

Vergil rió entre dientes, dejando su vaso en una mesa cercana. «La moderación está sobrevalorada. Además, tu invitado —señaló a Mael con un





leve asentimiento— decidió poner a prueba su ingenio. Solo lo ayudaba a recalibrar su autoestima».

La mirada de Zafiro se dirigió a Mael, que aún luchaba por levantarse, y luego volvió a Vergil. "¿Y creíste que romper mi suelo y humillar a un aliado prometedor era la respuesta adecuada?"

Vergil se encogió de hombros, la viva imagen de la indiferencia. «Mejor ahora que después. Consideralo un servicio público».

Las comisuras de los labios de Zafiro se tensaron casi imperceptiblemente, aunque mantuvo la compostura. «Eres audaz, Virgilio. Pero la audacia sin sabiduría es temeraria».

Vergil se acercó, su sonrisa se ensanchó ligeramente. "Y la sabiduría sin audacia es aburrida. Diría que nos equilibramos bien, ¿no crees?"



La sala parecía contener la respiración mientras ambos se enfrentaban. Zafiro entrecerró los ojos y, por un instante, fue como si una corriente invisible de poder los atravesara: una silenciosa batalla de voluntades.

Entonces, con un gesto de la muñeca, Zafiro señaló el suelo. El mármol agrietado se reparó al instante, y el daño desapareció como si nunca hubiera existido. Se giró hacia el resto de la sala, con la voz resonando con claridad.

—Basta de distracciones. Prosigamos con el propósito de esta reunión. Vergil —dijo con tono frío pero directo—, intenta comportarse. Puede que te resulte más difícil de lo que crees.

La sonrisa de Vergil permaneció intacta mientras le hacía una ligera reverencia. "Haré lo que pueda. Sin promesas."



Zafiro se dio la vuelta, con su capa ondeando tras ella, mientras regresaba a su lugar al fondo del pasillo. La sala, aún tensa, pero ahora bullendo de murmullos, empezó a recuperar algo de orden.

Ada, Katharina y Roxanne intercambiaron miradas, cada una de ellas mostrando distintos grados de diversión y exasperación.

—El clásico Virgilio —murmuró Roxanne sonriendo.

"Un día de estos, va a presionar a alguien demasiado", respondió Ada, aunque había un tono de admiración reticente en su voz.

Katharina se cruzó de brazos, observando cómo Vergil regresaba con aire despreocupado. "Ojalá no lo queme todo antes de que termine la noche".

En lo alto de una lujosa escalera que descendía al gran salón se alzaba Cabernet Gremory. Era una figura de pura elegancia y autoridad, como una tormenta tranquila a punto de arrasarlo con todo a su paso. Alta y elegante, su impactante cabello carmesí caía en cascada por su espalda en perfecta alineación, adornado con una rosa negra en el lado izquierdo de su cabeza, un marcado contraste con sus penetrantes y radiantes ojos. Sus labios estaban pintados de un profundo rojo sangre, un juego con la sombra oscura que realizaba la intensidad de su mirada.

Cabernet no solo entró en una habitación; la reclamó. Su fluido vestido negro parecía tejido con sombras vivientes, amoldándose a su figura con la precisión de un antiguo secreto. Cada paso que daba era deliberado, el sonido de sus tacones resonaba como una marcha fúnebre por todo el salón.

Vergil entrecerró los ojos, observándola. Su presencia no se parecía a nada que hubiera visto antes. No era el poder puro de Raphaeline, la fuerza





explosiva de Sapphire ni el magnetismo caótico de Stella. Cabernet exudaba algo deliberado, casi clínico. Era de esas personas que ya habían ganado la partida antes de dar el primer paso.

"¿Debo asumir que eres Cabernet Gremory?", preguntó Vergil por fin, con su habitual tono desenfadado, aunque con un sutil toque de cautela en su postura. Sabía que no debía subestimarla.

—Y tú, al parecer, crees que puedes hacer lo que te plazca —respondió Cabernet, bajando las escaleras con la gracia de un depredador. Su voz era aterciopelada, pero llevaba implícita una advertencia.

Toda la sala contuvo la respiración. Roxanne se inclinó ligeramente hacia adelante, intrigada, mientras Katharina y Ada intercambian miradas, evaluando claramente la situación. Zafiro, por su parte, permaneció en silencio, aunque el brillo en sus ojos delataba que sabía exactamente lo que se avecinaba.

Virgilio, sin embargo, permaneció imperturbable. Volvió a levantar su copa, esta vez con una sonrisa sardónica. «Bueno, hago lo que puedo. Pero debo admitir que su casa es... impresionante. Al igual que su anfitriona».

Cabernet se detuvo en el último paso, inclinando ligeramente la cabeza.

"¿Estás coqueteando conmigo?", preguntó ella, con su mirada penetrante sondeando la de él, como si buscara alguna grieta en su compostura.

